

Lex, dura lex

Elver Pizarro

Abogado, por la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco, con estudios de Formación Magisterial en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Asimismo, es Periodista Federado por la Federación de Periodistas del Perú.

En el preciso instante que conduces tu auto para ir al trabajo, giras la cabeza por encima del hombro y miras las nalgas de esa quinceañera que vive cerca de tu casa, y que cada mañana te tortura al pasar camino a la Academia. Suspiras por ese fruto prohibido e inalcanzable, y sigues sin percartarte lo que estaba delante de ti, solo sientes un leve sube y baja del vehículo; pero, continúas manejando. “*Debe ser el rompe muelles*” dices. Ese día, tu esposa y los cinco pequeños, se habían adelantado en el otro vehículo para llegar temprano al colegio. En cambio, atrasado estabas, porque habías dado los últimos toques a un proyecto de sentencia. Ahora, aceleras la máquina para llegar puntual al trabajo: al Palacio de Justicia. ¡*Palacio de Justicia!*; lo defendías con energía y orgullo, cuando muchos, con razón o no, decían: ¡*Palacio de la Injusticia!* Llegas, y no bien recuperas la serenidad luego del aturdimiento que te propinó la niña, recibes el saludo del alguacil:

—Doctor, Buenos días.

—*Buenos días, Honestino* —respondes—.

Subes las gradas, llegas y entras al despacho que luce impecable, oliendo a anís. El decorado tradicional estaba adornado con unos cuadros de la Escuela Cusqueña. Merecías todo eso, porque eran recompensas al sacrificio tuyo y de la familia, y por supuesto a tu trayectoria.

Aunque eres modesto para contar sobre ti, yo lo haré. Ahí va. Llegaste a este mundo la medianoche de un 24 de diciembre; por eso te pusieron el nombre de nuestro Redentor. Fuiste bautizado y confirmado de acuerdo a las costumbre de una familia tradicional; y pronto llegaste a ser el preferido de la

abuela, esa mujer menudita y virtuosa que siempre vestía de marrón y usaba moño, que te robaba de tus padres, porque congeniabas mucho con ella. Eras educadito y vestías pantalón corto y jockey, principalmente, los sábados para ir de compras al mercado de San Pedro. Así, salían de la casa, agarraditos de la mano e iniciaban el viaje, haciéndose la señal de la cruz. Luego, visitaban los templos de La Recoleta, San Blas, Santo Domingo, la Catedral, la Compañía, Santa Teresa, la Merced, San Francisco, Santa Clara, y por fin el de San Pedro. Agotado estabas; sin embargo, sabías mucho de santos y milagros. Por eso, eras el ser más privilegiado de la tierra. Al regreso, mientras jalaban vuestras bolsas de comestibles y no perdían de vista al cargador que llevaba la canasta grande, la abuela te daba lecciones de moral: *"hijito mío, cada mañana, saluda a tus mayores. No mientas y no ocultes los vueltos. Antes de acostarte siempre debes rezar y agradecer a Dios, por la buena salud de tus padres y de tus hermanitos. No mates a los pajaritos ni descuartices a los saltamontes, etc., etc."*

— *Ya abuelita, ¡Ya abue...!* — Te estabas cansando. Pero, en tu vida diaria cumplías religiosamente esos pedidos—.

De tu propina ahorrabas algunos centavos y los obsequiabas a los mendigos que tiritaban de frío en la puerta de los templos. También, compartías tu refrigerio con el *Cutucuis*, tu amigo inseparable, ese morenito, hijo del carpintero, que no traía nada a la Escuela, porque en casa el dinero no alcanzaba. Y tantas virtudes tenías, que dabas envidia, mucha envidia.

Debo también, recordar las semanas que estuviste con la abuela, cuando tus papis se fueron de viaje, y cada mañana se te veía cómo ibas de la mano de ella al Colegio. Partían desde la Plazoleta de Limacpampa e iban por toda la avenida de la Cultura, mientras con los ojos cerrados repetías las oraciones que la *Mamagrande* te recordaba hasta llegar y detenerte frente a la cruz de piedra de la Unidad Vecinal de Zarumilla. Allí, al Redentor, le preguntaba la abue:

— *¿Papito, cómo estas, cómo amaneciste?*

— *¡Ah! Te habían puesto tu ponchito* — se respondía ella, al ver que los mayordomos habían cambiado el sudario de la efigie.

La magia terminaba cuando ustedes dejaban de orar y santiguarse. Después la abuela te daba un beso y te hacía tres cruces en la frente, mientras ordenaba que cruces la pista; lo hacías y entrabas directo al Colegio Garcilaso. Ahí concluía todo.

Pero, una vez lo que realmente la molestó, fue la tarde de un sábado que todos salieron de casa para ir a un compromiso; y no bien se perdieron por la esquina, llamaste al *Cutucuis*, para que, en un abrir y cerrar de ojos sacaran las efigies, los crucifijos, el retrato del abuelo y todo lo que con tanto amor y devoción guardaba la abuela, y armaron en el patio un gran Corpus Christi, como se celebraba todos los años en la Plaza de Armas, y cuando cargaban en procesión a los santos; es decir, el *chintatá... chintatá...* Sorpresivamente retornó la familia por algo que habían olvidado, y por supuesto la abuela. A ella le dio patatús cuando vio lo que habían hecho, tus papis, solo movieron la cabeza comprendiendo la situación. Dos semanas duró la ley del hielo entre tú y la abuela; aunque se necesitaban, bastó que le regaláras un beso volado y nuevamente la rutina de siempre.

En sí, las vivencias junto a la abuela, ayudaron mucho en fortalecer tu vocación. Luego, te hiciste hombre, estudiaste Derecho y ocupaste el primer lugar de la Promoción. Después

vino el grado y el casamiento: te casaste por civil y religioso con la primera y única enamorada, novia y mujer que habías conocido. Hoy, te creció el abdomen y luces calva, usas anteojos y vistes un negro riguroso, porque eres un magistrado que se merece el respeto de todos y tienes una familia formidable: una mujer de su casa, algo joven y poco gorda, que te dio cinco bellos hijos; quienes dicen que cuando sean grandes, estudiarán la carrera que elegiste. Los sábados, mientras tu compañera y los niños hacen compras en el mercado; bajas y aseguras el auto, luego escapas con el mayor de tus retoños al Baratillo, donde compras textos antiguos, costumbre que heredaste de tu padre. Y los domingos, ni que decir; en la mañana sales temprano con ellos para escuchar misa en la Catedral, después desayunan los tamalitos y el trozo de lechón que compran de vuestra casera de los portales. Luego presencian el izamiento y el desfile dominical. Más tarde, unas vueltas y todos se van al campo a almorzar, y en la tarde al cine. Retornan a casa al anochecer. Tú directo a ver noticias de la TV, los niños a la cama, y tu esposa a planchar los uniformes de los niños; hasta el día siguiente. La rutina de siempre.

Bueno, dejémonos de tanto romanticismo. Sigamos con uno de esos días, cuando regresas del trabajo camino a casa para almorzar con la familia, alineas el auto en esa fila interminable de la autopista, cuyo asfaltado achicharraba los saltamontes. Entonces, esperando que se descongestione el tráfico; enciendes la radio y escuchas música; pero, se interrumpe con una noticia policial que te cambiaría totalmente la vida. Un sudor frío te recorre la espalda. Ahora, reflexionas y te das cuenta recién que el destino hace poco había jugado una mala pasada contigo. No puedes ocultar lo que habías hecho, esa vez que la vecinita quinceañera te sacó de tus cabales, porque eres un hombre bueno, honesto, recto y de buena cuna. Inmediatamente comunicas tu valerosa decisión a la casa, y te presentas a la policía, que durante días se había roto la cabeza para dar contigo; luego al Ministerio Público, al Poder Judicial, y a todo lugar que para ti era familiar. No había marcha atrás, a pesar del ofrecimiento del Dr. Corzino Cavallini de la Matta, tu compañero de estudios y hoy el mejor letrado de la región, quién insistió negarás lo que había sucedido, para lo cual preparó una coartada, y diseñó una estrategia formidable de defensa; sin embargo, no le hiciste caso; porque tus padres y la abuela te habían enseñado: la verdad ante todo. Por eso en todas las etapas del proceso no planteaste alegatos ni recurso alguno. Hoy, que estás frente al Crucifijo y no detrás como antes, te das cuenta recién lo jodido y que diferente es estar allí; pero, en unos minutos te sentenciarán. Ahora, que el Relator está dando lectura de la sentencia, miras la imagen del Señor de la Sentencia, que adorna la parte superior del Tribunal, y en ese momento se te viene al recuerdo, como película el preciso instante que conducías el auto para ir al trabajo y no bien giraste la cabeza por encima del hombro, ojeaste las cachas de esa quinceañera que vivía cerca de tu casa y que cada mañana te torturaba cuando iba camino a la academia. Entonces, sentiste un leve sube y baja del auto; sin embargo, seguiste manejando, pensando que era el rompe muelles; pero no fue así. ¡Habías atropellado a un niño!, que sorpresivamente salió y corrió de su casa, y al irte sin auxiliarlo violaste los artículos 123 y 124 del Código Penal, y como la ley es igual para todos —aunque no es costumbre en nuestro país— no puedes evadir y tienes que cumplir; porque para ti, ella es: *Lex, dura Lex*.